

Teodor de Mas

EL ARTE DE HACER DINERO

Cómo tomar decisiones inteligentes
para ahorrar y hacerse rico

Traducción de Rut Abadía

práctica
arpa

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	17
LOS DE MAS	19
Estudiar	28
La escuela	30
La universidad	33
<i>Learn a trade</i>	37
Hacer de canguro o niñera	37
Las clases particulares	38
Los gusanos de seda	39
El trabajo	40
Los impuestos	44
Delegar	47
Tener un gestor	48
Los mejores especialistas	50
Compensar	52
Los límites del ahorro	52
Los medios de transporte	54
El tesoro del abuelo	55
Los lingotes y las monedas	58
El arte y el coleccionismo	60
LOS VALLS	62
Prestar	68
La vivienda	70
Las segundas residencias	75
Dejar	77
El coche	79

El transporte público	82
Las jornadas de esquí	83
Los desplazamientos	84
Los abuelos	87
Dar	89
Las millas de viaje	92
Las tarjetas de fidelización	94
Planificar	95
Los seguros	97
El RACC y los clubs de automovilistas	98
Guatemala	102
El huerto	105
Los animales de compañía	106
LOS ROCABAYERA	107
Trabajar	110
La comida saludable	114
Los riesgos y las oportunidades	117
<i>Think wait & fast</i>	122
La apología del ahorro	126
Leer las etiquetas	127
<i>Best price in town</i>	128
Ganar dinero donde los demás se lo gastan	129
La segunda mano	130
Emprender	131
La compra <i>online</i>	132
<i>Les petits plaisirs</i>	133
<i>Cloud thinking</i>	134
La felicidad	136
La relación calidad-precio	137
Los <i>barrets</i>	138
Los paralelos	147
Las rebajas	149
LOS IZARD	151
<i>There is no such thing as a free lunch</i>	154
Los hijos e hijas	156
Los descuentos por familia numerosa	159
Hacer un presupuesto	161
La técnica <i>cappuccino</i>	171
La fiesta de la UAB	172
Pedir descuentos	174
La información	176
Ahorrar	177
Los <i>gin-tonics</i> en casa	179

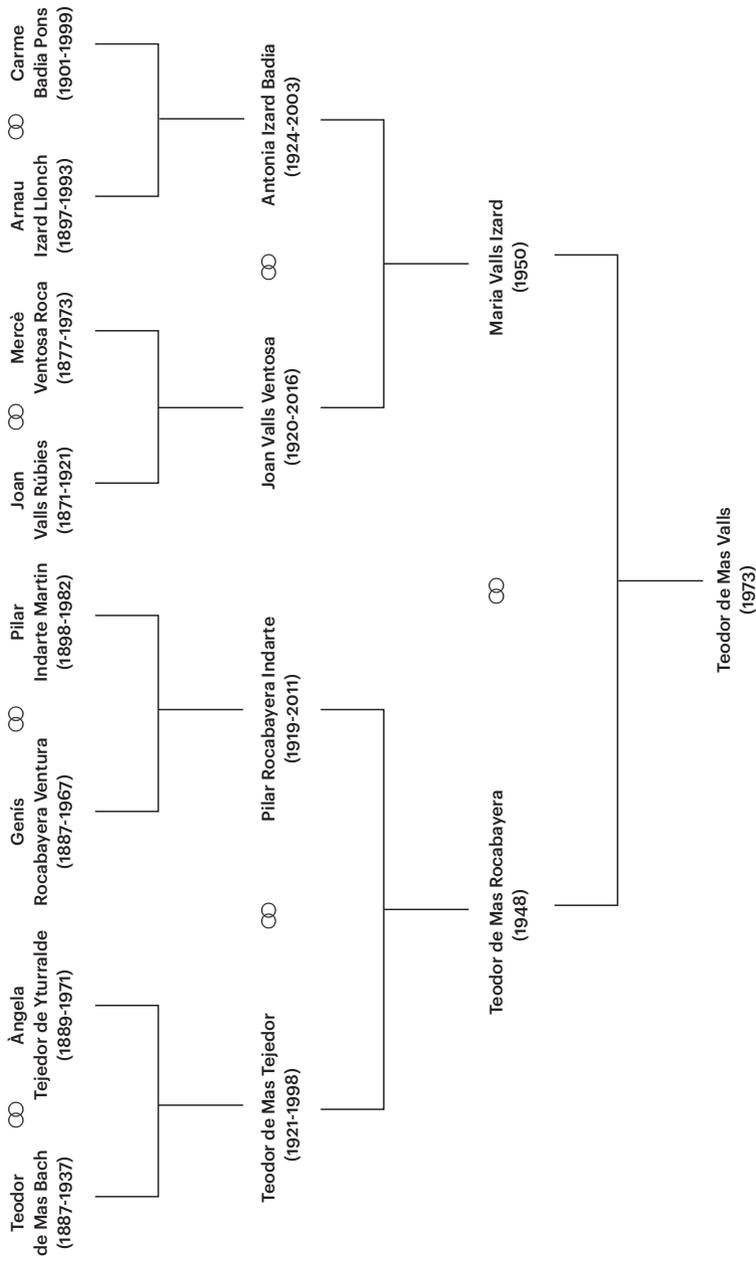
Los restaurantes y los bares	180
Gestionar el tiempo	185
<i>If it is free, it is for me!</i>	186
El dinero disponible	188
La <i>Norwegian Party</i>	190
Los algoritmos	192
Las herencias	195
LOS TEJEDOR	196
Los flujos de dinero	202
La pareja	203
Las cuentas separadas	204
Consumir	213
El armario de los regalos	214
La despensa	215
Las entradas de <i>rugby</i>	216
El sexo	224
Los y las amantes	226
Malgastar	227
La educación	228
El estatus	229
Vender	231
<i>À la page</i>	233
La estética	235
<i>Der König der Pfand</i>	236
Los abonos	238
Las vacaciones	239
LOS VENTOSA	243
Ser	246
La inseguridad jurídica	247
Los referentes	250
Negociar	254
Ser un manitas	260
Compartir	261
La edad	264
La salud	265
Las mutuas	267
La bolsa	268
Las <i>start-ups</i>	277
La burocracia	282
Diversificar	283
Las becas	284
Los idiomas	285
Las tarjetas telefónicas	286

Convivir	287
Las drogas	288
LOS INDARTE	290
Las fiestas y los festivales	294
Las <i>utilities</i>	297
Los bancos	300
Gastar	301
Los <i>parkings</i> y los peajes	304
Las loterías	309
Los yoyós	310
Los mercados	310
Las redes sociales	314
Los <i>black swans</i>	319
Un plan B	321
El dinero en el extranjero	322
Especular	324
Las divisas	326
Las criptomonedas	328
Los Rolling Stones	331
Las pensiones	333
Afilar brocas	334
LOS BADIA	335
Ser rico	338
Revisar el cambio	342
Reclamar	344
Amortizar	345
El coste de oportunidad	347
Ganar más	348
Los patés	349
La prisa	351
Dormir y meditar	353
Endeudarse	356
Las deudas con amigos	357
El tabú del dinero	359
Las intuiciones	360
Las emociones	365
El exceso de información	365
El apartamento turístico	367
La mala suerte	374
Saber morir a tiempo	376
AGRADECIMIENTOS	379
BIBLIOGRAFÍA	381

A los míos, por su paciencia infinita.

Vita sana: lavorare ma senza foga,
svagarsi, nutrirsi e discorrere.

La spiaggia, CESARE PAVESE



INTRODUCCIÓN

Sin las redes sociales (en particular, Twitter y LinkedIn) este libro no existiría, porque no habría conocido perfiles tan enigmáticos como el de Roger Vinton y, a través de él, a mi primera editora, Glòria (editorial Columna); ni tampoco habría recibido un enigmático mensaje por privado en Twitter invitándome a hablar con mi segunda editora, Marta (Arpa Práctica), de cara a traducir y adaptar el texto al castellano.

Hoy en día, las redes sociales son tremendamente poderosas e inevitables.

La idea era que el libro hablara de economía familiar, la economía de bolsillo, la economía práctica del día a día, combinándolo con anécdotas familiares mías, de las estirpes de las que vengo, e intentando que el texto fuera didáctico y ameno a la vez.

El objetivo de este libro de divulgación no era otro que explicar a mis hijos e hija, a mis descendientes, a todos vosotros, cómo funcionamos en casa, en mi familia. Si, además, os entretengo e inspiro, os hago sonreír, contándoos de manera sencilla cómo gestionar el dinero, mucho mejor.

La relación de las personas con el dinero, ya sea para consumir, ahorrar o invertir, es un tema universal de interés

común a todos los países y culturas. Ser ahorrador no es ningún objetivo en sí mismo, es una defensa frente a las adversidades de la vida. El ahorro es protección para los días futuros.

Empezar a ahorrar es como dejar de fumar. Cuesta ponerse a ello pero después os despertaréis por la mañana y respiraréis mejor, dejaréis de toser y estaréis tranquilos en aviones y cines, lo cual, traducido en ser ahorrador, significará despertaros tranquilamente sabiendo que tenéis el dinero trabajando para vosotros, que tenéis suficiente dinero para todo y que una buena parte de vuestros gastos diarios están sufragados por los rendimientos de vuestros ahorros, por vuestros ingresos pasivos.

Se trata de vivir como si hoy fuera el último día de vuestra vida, pero sin olvidar que lo más probable es que no lo sea y la vida continúe sin más.

La idea de ahorrar no es otra que considerar el dinero como una herramienta para ser libres e independientes. Ahorrar os permitirá hacerlo trabajar, invirtiéndolo. Estas inversiones rendirán y os ayudarán a vivir mejor, ahora y en el futuro.

Saber ahorrar es, en gran parte, un tema educativo, transmitido de padres a hijos, de abuelos a nietos, de tíos a sobrinos. Raramente aprenderéis a ahorrar con los amigos del instituto o con los compañeros del trabajo: la gestión económica del día a día viene dictada por formas de hacer íntimamente ligadas a los orígenes familiares de cada uno de vosotros.

LOS DE MAS

Como la relación de cada uno de nosotros con el dinero está íntimamente ligada a nuestros orígenes familiares por parte de padre y de madre, a los abuelos de ambos lados y a la pertenencia o no a grupos étnicos más o menos místicos o inventados, cada una de las ocho partes de este libro comienza con unas pinceladas de las familias y estirpes de las que soy digno descendente.

De los de Mas, me viene siempre a la cabeza lo que me decía mi abuela Pilar Rocabayera, felizmente casada con mi abuelo paterno, Teodor de Mas: que si éramos judíos; que, sobre todo, a mi hijo le pusiera Teodor, siguiendo la tradición familiar y perpetuar así la estirpe de los Teodor de Mas... A mis siete u ocho años, que me hablaran de ser judíos y del nombre de mi primer hijo varón me parecía algo de ciencia ficción; la abuela me lo comentaba en su piso cerca del parque de la Ciutadella de Barcelona, donde nos reuníamos para los almuerzos familiares en medio de conversaciones infinitas en catalán y castellano, bañadas en abundante café, con la luz de la tarde entrando por la galería.

La finca de los de Mas en Barcelona, donde vivían mis abuelos paternos y todos sus hermanos, se había construido

justo al inicio del alzamiento franquista, el golpe de Estado que dieron el ejército y la extrema derecha contra el gobierno de la República. En 1936, el patriarca de los de Mas fue fusilado en Vic por los rojos, en uno de aquellos famosos pasillos que no eran más que simples asesinatos a sangre fría de supuestos burgueses, ricos y personas de misa. Teodor de Mas Nadal, el abuelo de mi abuelo paterno, no era un cualquiera: venía de una estirpe de carlistas de derechas y tradicionalistas de Vic, lo que le convertía en un objetivo claro para los del otro bando.

A la pérdida de Teodor de Mas Nadal, le seguiría la muerte de su hijo, en 1937, tras caer en los cimientos del edificio que los de Mas estábamos construyendo en Barcelona, junto al lado del Arco de Triunfo y del Parque de la Ciutadella. No pudo sobrevivir a la gangrena causada por las heridas de la pierna.

La guerra entre españoles encontró a una familia de Mas destrozada y con un edificio a medio construir. Todo el dinero acumulado durante la Primera Guerra Mundial gracias a la empresa de distribución de productos metalúrgicos —en casa lo llamaban el almacén de hierros— se desvaneció y apenas sobrevivimos como familia de clase media (ver el capítulo dedicado a la rama familiar de los Tejedor).

Pero volvamos a lo que me decía la abuela Pilar. De pequeño, leyendo y releendo escritos de los de Mas de Vic, tan católicos ellos, y otros textos de diferentes fuentes, no dejaba de chocarme el contraste entre el catolicismo manifiesto de la familia y el hecho de ser judíos, criptojudíos, desde hacía siglos. No resolví la duda hasta unos años después, gracias a la conversación con la monja Mabel de Vic, que cuento un poco más adelante.

El «de» de nuestro apellido también me despertaba curiosidad. El caso es que, un buen día me desperté, ya hace algunos años, y le dije a mi madre que, si llevábamos esta par-

tícula, debía ser porque éramos nobles, y que debíamos de tener un castillo en alguna parte, como ocurría en Francia.

Y no solo esto: el abuelo Teodor creía que la preposición «de», concedida a la familia por un rey español en agradecimiento por sus servicios, iba ligada al nombre de pila y no al apellido. Así, nuestro nombre —mi nombre— era Teodor de, y el apellido, Mas.

En un primer momento, mi madre no entendió qué quería decirle con la historia del castillo y los supuestos orígenes nobles de los de Mas. El caso es que en la Enciclopedia Catalana figurábamos como caballeros del Principado y nadie lo había desmentido nunca. (Esta conversación, tan del siglo xx, cuando las enciclopedias todavía tenían razón de ser y ocupaban un lugar privilegiado en los estantes de las casas que se querían cultas, ahora queda totalmente desfasada y fuera de lugar. En el siglo xxi, si se repitiera la misma conversación, nos referiríamos a la Wikipedia, donde efectivamente figuran un par de Teodor de Mas lo suficientemente importantes, por carlistas y por otras razones de peso). Mi padre, que leía el diario en un rincón del comedor y había oído toda la conversación, no pudo evitar comentar que el supuesto castillo familiar debía de ser la casa solariega de los de Mas en Vic, el Manso Escorial, y mientras se tomaba otro café con la sana intención de alargar la conversación hasta la hora de ir a misa, como cada domingo, me ayudó a ubicar al Manso Escorial en el mapa y me comentó que ahora era la sede de una congregación religiosa, las hermanas vedrunas.

Años después, con el castillo ya identificado y ubicado en el mapa y con la necesaria complicidad del GPS y de mi pareja, un buen día cargamos a los hijos y la hija en el coche y pusimos rumbo a nuestros orígenes por parte de padre y abuelo paternos, a Vic, al Manso Escorial. Aprovechamos que había un mercado medieval para pasar el día en la capi-

tal de la comarca de Osona, ir a comer a un restaurante y visitar la ciudad, que era lo que de hecho interesaba más a mis hijos, poco atraídos por el Manso Escorial y por la posibilidad de saber más de sus orígenes familiares, y más partidarios de salir a comer y de excursión, estuviera donde estuviera y siempre que fuera posible.

El caso es que hicimos la ruta prevista hasta aparcar en la calle Teodor de Mas. Después de esa primera vez, hemos vuelto a realizar la excursión un par de veces, en familia, con los abuelos e, incluso, hace poco, con Ramon, mi mejor amigo, en plena pandemia.

Si vais de visita, siempre ocurre lo mismo; la repetición de los hechos es casi perfecta, lo que hace que se me mezclen los recuerdos de las diversas ocasiones en que he visitado a las monjas carmelitas vedrunas del Manso Escorial, en Vic: llamaréis al timbre, veréis la cara de una monja por la ventana o por la puerta, diréis y repetiréis con cara seria que os llamáis Teodor de Mas, y veréis que la monja se queda boquiabierta y con la cara blanca, se acaba asustando y os hace pasar enseguida, como si estuvierais en vuestra casa. Si vais, lo viviréis en primera persona.

Según Mabel, la monja que muy amablemente nos atendió en una de las visitas, la casa solariega de los de Mas estaba en Vic desde al menos el siglo xv. Era una finca grande, con muchas tierras, una masía con siete veguerías —aparentemente, tener siete veguerías era el colmo para una finca agrícola de la época.

A mis preguntas sobre si la saga de los de Mas tenía orígenes judíos, como había leído en alguna web de genealogía, y si el primer miembro fue un judío llegado de Europa del Este a Vic para abrir allí una tienda de sombreros y que se acabaría casando con una heredera de la ciudad, Mabel, con una sonrisa, me respondió que no estaba lo bastante documentada, sin negarlo ni afirmarlo taxativamente.

El estudio genético de los apellidos catalanes, valencianos y baleares del Instituto de Biología Evolutiva de la Universidad Pompeu Fabra (UPF) de 2012 muestra el haplogrupo R1b-U152 de los de Mas y algunos Mas e indica el origen del linaje en la Baskiria (Башкортостан Республикасы), territorio de unos cuatro millones de habitantes en la zona de los Urales meridionales, hoy parte de la Federación Rusa, con la ciudad de Ufá como capital. También está presente, en menor medida, en el norte de Italia, Francia y Suiza.

Los de Mas serían, pues, judíos de origen asquenazí, del este europeo más lejano, llegados a Vic siguiendo la Ruta de la Seda.

Los de Mas, propietarios del Manso Escorial y de las tierras que rodeaban la masía, eran nobles, y también tenían la concesión del molino de la zona. Formaban parte de los terratenientes ennoblecidos de la comarca, y el paso de las generaciones solo hizo que agrandar la finca, gracias a la figura del heredero y a las bodas estratégicas pensadas para hacer crecer el patrimonio familiar.

En un momento dado, sin embargo, Teodor de Mas Solà, a pesar de ser el heredero de nueve hermanos, decidió que quería estudiar leyes en Barcelona, por lo que se fue a la Ciudad Condal y acabó ejerciendo de procurador. Allí fue el protegido del señor Llorenç de Vedruna Mur, que le invitaba a menudo a su casa, lo bastante a menudo para que el tal Teodor acabara casándose con su hija, bastante más joven, Joaquina de Vedruna Vidal.

Tendrían cinco hijos y Joaquina acabaría quedándose viuda, con cinco criaturas a su cargo, después de que Teodor muriera por las secuelas de la Guerra del Francés contra las tropas napoleónicas, donde había combatido como voluntario. Fue entonces cuando Joaquina decidió volver a vivir en el Manso Escorial.

Deseosa de terminar su vida como monja de clausura,

acabaría siendo convencida por el padre capuchino Esteve de Olot para que se dedicara a la educación de las niñas, a la educación femenina, hasta entonces totalmente desatendida por parte del Estado.

La idea era crear una orden religiosa de monjas trabajadoras y dejar atrás la vida contemplativa de las religiosas encerradas en conventos. Las monjas saldrían a trabajar, coser, limpiar y enseñar, además de realizar otros trabajos que se les ofrecieran.

Fue así como en 1826 nació la orden de las Hermanas Carmelitas de la Caridad, también conocidas como las vedrunas. Actualmente, la orden de las vedrunas tiene unas treinta y cinco escuelas activas en Cataluña y está presente en cuatro de los cinco continentes, y se ha convertido en una verdadera multinacional de la enseñanza y la educación femenina, basada en unos preceptos y valores determinados.

Al empezar la mal llamada Guerra Civil española de 1936, la familia de Mas, viéndose en peligro, decidió traspasar la propiedad de la casa solariega a la orden de las vedrunas para protegerla, antes de irse al exilio. Pero el exilio llegaría demasiado tarde: el patriarca sería asesinado en 1936 con su yerno, Joan Traveria, en el molino de Sau, concesión de la familia de Mas.

Tras la guerra, las hermanas vedrunas sacaron a la luz el contrato privado de compraventa en el que Teodor de Mas Nadal les traspasaba la propiedad del Manso Escorial, y hasta hoy sigue en sus manos.

No deja de ser curioso que esta rama de criptojudíos que se hacían pasar por carlistas ultracatólicos tradicionalistas acabara haciendo avanzar al país en temas clave, como empezar a hacer posible la liberación de las mujeres gracias a la educación y la formación. Sin duda, el hecho de que la santa, Joaquina de Vedruna, se quedara viuda con cinco hijos a cargo, ella, que había sido educada por su madre, Te-

resa Vidal Comes, le hizo ver la importancia de tener una cierta formación para salir adelante en caso de desgracia o muerte del marido.

Las vedrunas empezaron su misión educadora en 1826, unos treinta años antes de que el propio estado español creyera conveniente implantar la educación para todos, hombres y mujeres.

Joaquima de Vedruna fue canonizada por el papa Juan XXIII.

Hace poco, de visita al Manso Escorial con mi amigo Ramon, la monja Mabel me comentaba que estaría encantada de que quisiera ejercer como profesor en alguna de sus escuelas esparcidas por los cuatro continentes. El nombre Teodor de Mas sigue resonando fuerte en las orejas y las mentes de las monjas vedrunas.

A mi abuelo paterno Teodor, descendiente de la saga de los de Mas, que comienza con un tal Josep Mas Torra que fue quien obtuvo la tan preciada partícula nobiliaria por parte del rey, lo recuerdo como alguien delgado y poca cosa, esmirriado y con una nariz imponente, siempre con cierta cara de amargado y rodeado por un halo de tristeza.

Nacido en 1920 y casado con Pilar, vivía en uno de los pisos del bloque familiar en Barcelona y era un puro superviviente de la vida desde que la Guerra Civil interrumpió su sueño de estudiar para ser médico de familia. Lo llamaron a filas en 1938 para formar parte de la quinta del Biberón, y sobrevivió a la batalla del Ebro de casualidad, cuando, herido, decidió irse del campo de batalla con un compañero al hombro.

Acabó siendo detenido e internado en un campo de concentración para republicanos, pese a venir de familia de ir a misa. Después de años encerrado en San Sebastián, perdiendo el tiempo y quitándose los piojos unos prisioneros a otros, la intervención de una tía monja suya permitió que fuera li-

berado y volviera a casa. El no haber podido estudiar y la ruina que supuso que al final de la guerra el dictador Franco decretara que el dinero republicano equivalía a cero hicieron que sus ojos, entre verdosos y amarillentos, conservaran siempre esa mirada triste y pesimista.

Trabajó toda la vida con sus hermanos en el almacén de hierros de los Tejedor, hasta que, viendo que las nuevas generaciones no seguirían con el oficio, lo vendieron y en ese lugar se construyó una comisaría de los Mossos d'Esquadra, la policía catalana.

Mis abuelos paternos tuvieron seis hijos, dos de los cuales morirían de pequeños de forma repentina y el último sería trisómico. Eran años de penurias y solo la férrea educación impuesta por mi abuelo paterno Teodor, con la aceptación tácita de mi abuela paterna Pilar, hizo posible que mi padre y sus hermanos estudiaran y emprendieran de nuevo el camino de subida en el ascensor social y económico del país.

De mi abuelo Teodor destacaría la obsesión por el ahorro, el miedo a perderlo todo, a no tener dinero para comer, la desconfianza en los bancos y en el poder, en España y en Europa. Convencido liberal, ferviente defensor del *president* Jordi Pujol, no creía mucho en experimentos socialistas, ya no digamos comunistas, y, ya mayor, se propuso aprender a hablar inglés para hacerse entender por los americanos. Para él, Estados Unidos era el referente de sociedad a imitar, la verdadera democracia, con derechos para los ciudadanos y la posibilidad de hacerse rico para todos.

No sería hasta que cayó enfermo cuando, viendo el coste de la clínica privada, aceptó ir al Hospital del Mar, público, y empezó a dudar sobre si el socialismo era bueno o malo, al ver que lo cuidaban gratis y sin pedirle nada a cambio.

De mi abuelo Teodor aprendí a buscar monedas en las cabinas telefónicas en Benasque, que era donde pasábamos un mes de vacaciones cada verano. Con él aprendí la pasión

del coleccionista por todo tipo de activos —sellos, monedas, postales y muchas cosas más—, acompañándole los domingos por la mañana a la plaza Reial de Barcelona.

Aprendí también a comprar divisas. Mis primeros marcos alemanes me los vendió él, a tipo de cambio bancario y sin comisiones; ni él ni yo creíamos especialmente en las reformas del entonces ministro socialista de economía, Solchaga, que acabó provocando un par de devaluaciones de la peseta que no me afectaron, al tener mis ahorros en marcos.

Aunque nunca hablaba de ello, en su cara se leían las secuelas de la guerra: era delgado, solo piel y huesos, nunca con tiempo para estar contento, siempre dispuesto a ir andando a los lugares para ahorrarse el metro o el autobús, siempre ocupándose de su hijo Miguel, trisómico, y ambos, cargados con sus respectivos macutos, moviéndose arriba y abajo por la ciudad.

De él aprendí a jugar a las cartas para ganar, no solo para pasarlo bien, en el remigio y en el continental y en la butifarra, también en el dominó.

Comercial de productos metalúrgicos por media Cataluña, lo conocí ya jubilado de una vida de tardes de timbas infinitas apostando dinero por los pueblos catalanes. Durante las larguísimas tardes de verano en Benasque, no podía evitar contar los puntos y jugar a cartas con sus nietos como si le fuera la vida.

Del abuelo Teodor aprendí a esforzarme y no rendirme nunca a pesar de las dificultades, especialmente cuando íbamos de excursión y nos tocaba levantarnos muy temprano y enfrentarnos al lago de Cregüeña o a los picos del Aneto o el Tempestades.

Curiosamente, la zona de Benasque, donde mis abuelos paternos, mi tío Miguel y mis padres, nosotros, fuimos de vacaciones durante muchos años, estaba muy cerca de donde mi abuelo sufrió el frente de la Guerra Civil, con el frío y

el hambre. Cuando le preguntaba qué fue lo peor de la guerra siempre me decía lo mismo: el frío.

En los últimos años de su vida, convencido de que su mujer moriría antes que él, se esforzó por aprender a cocinar algunas recetas básicas, para cuando estuviera solo, como los garbanzos. Tomaba nota, previsor. Pero no fue necesario, porque, tras varios avisos, un melanoma se lo llevó a mejor vida mientras yo estudiaba en Sídney. Sus últimas palabras de despedida, cuando yo me iba a Australia y ya sabiendo que nos decíamos adiós para siempre, fueron: *Aprofitate, nano!*

ESTUDIAR

El tiempo que pasaréis estudiando es tiempo que no pasaréis trabajando.

Cuando os planteéis si vale la pena estudiar, la primera evidencia empírica es que, cuanto más tiempo estudiando, menos tiempo trabajando. En la vida de las personas se acaba notando quien ha empezado a trabajar a los dieciséis años y quien lo ha hecho a los veinticuatro, después de haberse formado como persona y profesional.

Los medios de comunicación y ciertos ambientes quieren transmitir la idea de que estudiar no sirve para nada. Es totalmente falso: todos los datos demuestran que el nivel de estudios influye directamente en el nivel de los futuros sueldos, el paro, la progresión profesional e, indirectamente, en la esperanza y la calidad de vida de cada uno de nosotros.

Lo habéis leído bien, sí: estudiar alarga y mucho la esperanza de vida. Seréis más felices, estaréis mejor considerados y acabaréis viviendo más años.

Y esto es así porque los estudios os harán más adaptables a las incógnitas futuras, más espabilados y capaces de